IBARRA / CUENTOS BREVES PARA UN MUNDO EN CRISIS

contemporáneos

EDITORIAL UNIVERSITARIA EL SALVADOR

Cristóbal Humberto Ibarra

Cuentos Breves para un Mundo en Crisis

COLECCION CONTEMPORANEOS
Volumen 3

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright ©, 1967, by Editorial Universitaria "José B. Cisneros". 5ª Calle Oriente Nº 220. San Salvador.

Printed in El Salvador, C. A. Impreso en El Salvador, C. A.

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA

Cuentos Breves para un Mundo en Crisis

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE EL SALVADOR

Primera edición
San Salvador, 1968

INDICE

	Pág.
Carta Prólogo	7
Eterno Retorno	11
El Hombre Nuevo	13
Fausto y la Cura	15
Heráclito y el Río	17
Negación Inútil	19
Mimesis	21
Telón	25
La Muerte y la Moda	27
El Cómplice	33
El Concurso	35
La Verdad	41
Hylas	43
La Duda	45
El Condenado	47

Pág.

Poesía Pura 51
El Poeta 55
Tersites 57
Barrabás 61
El Verdugo 63
El Beso 69
Zarathustra 71
El Remedio 73
El Esperado 75
Máscaras 79
La Tercera Persona 81
Dos Epílogos 84

CARTA PROLOGO

ESTIMADO GUAYO:

EN este libro seguramente encontrarás bellezas pero, desafortunadamente, no puedo decirte que me pertenezcan. Son bellezas de otros, de genios que las vivieron o que las crearon viviéndolas. Y yo no soy un genio. No te digo que no quise serlo. A veces lo desee tan ardientemente, que ese fuego llegó casi a quemar mi espíritu. Pero me faltó paciencia nazarena para ser genio del bien y tuve demasiada pereza para ser genio del mal. Por lo mismo, te repito que todo lo bello que descubras a través de estas páginas —en algunas de sus breves y maravillosas historias—, no es mío en absoluto. Míos son únicamente el intelecto que las ha trasplantado y la voluntad que se obstinó en llevar hasta el fin este trasplante.

Como verás, son relatos minúsculos, temas grandiosos tratados con la celeridad y sequedad que exige nuestro mundo en crisis, neciamente talvez, pero ¿qué otra cosa podemos dar quienes hemos matado el ensueño, olvidado el sentido originario de la vida y borrado lo sagrado de las cosas? ¡Querer ser poeta en tiempos de indigencia, es tarea de locos y éstos hace ya mucho que desaparecieron del planeta! Se marcharon huyendo de la **praxis**, de la sabia cordura del presente y ¿por qué no?, del llanto congelado insensible al destierro de los dioses.

Procura comprenderme. Entre tus sueños y los míos —o lo que es lo mismo, entre tu generación y ésta en la que hoy me muevo—, hay una distancia sideral. Nosotros hemos amputado los dedos al misterio y el brazo de Dios no nos alcanza. Somos los hijos robotizados de un crear sin autenticidad y basta que se nos meta una moneda en el cerebro, para que brote al instante de nosotros no una idea nueva, sino una pieza gastada en millones de ejecuciones anteriores. Pues el destino que nos toca es el mismo de esas desgraciadas sinfonolas de salón, que rayan y rayan la misma melodía ajenas por completo al dolor que la creó.

Tú eres un alma, mi muy querido amigo. Pero yo, después de todo... ¿puedo decir lo mismo? En nombre de esta vieja e inalterable amistad que nos ata, te ruego que medites sobre la crisis de los cuentos que te envío y —como hace muchísimos años te vengo repitiendo aquí en nuestra infortunada Guatemala—, deja que mi corazón y tu conciencia hagan las confrontaciones necesarias...

(Fragmento de una carta a Eduardo Martínez Arenas).

"LA vida como crisis es estar el hombre en convicciones negativas... Y en definitiva eso que llaman crisis no es sino el tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyado en ellas, a vivir prendido y apoyado en otras..."

ORTEGA.

EL anticuario me dijo:

—Vea usted... Este libro es tan viejo como el tiempo. Sin embargo, en la última página ya se encuentran anotaciones sobre lo que habrá de ser nuestro futuro... ¡El destino del mundo está aquí, profetizado...!

A la luz muriente de un hacho, el anciano me pasó una Biblia carcomida, en la que pude leer:

MATEO XXVIII A... (Aquí los signos de **eternidad** e **infinito**).

—¿Adónde vas, Señor?

—En verdad os digo que no voy, sino que vengo de aquel pueblo elegido donde degüellan niños procurando degollar a Dios...

MATEO XXVIII B... (Aquí los signos de **sobreeternidad** y **sobreinfinito**).

—¿Adónde vas, Señor?

—Con verdad os repito que no voy, sino que vengo. Mis pasos me han traído de aquel sitio bendito, en el cual han asesinado a un hombre imaginando así crucificar a Dios...

MATEO XXVIII C... (Aquí los signos de **ultra-eternidad** y **ultrainfinito**).

—¿Adónde vas, Señor?

—De cierto os confío que no voy ni vengo, sino que esta es mi casa. En ella habito y en ella me quedo para siempre... ¡Pues este es el lugar sagrado en donde los hombres han matado a Dios!

EL HOMBRE NUEVO

—FUI contigo al combate y me sentí más que orgulloso. Te oí maldecir en nombre de la libertad y te acompañé por la llanura bélica, persiguiendo a los vencidos hasta pisotearlos y rematarlos sin piedad ninguna... Más tarde atendí tu llamado a la fraternidad y me encerré contigo en tu castillo a brindar por las palabras, mientras tus hermanos y los míos se morían de hambre y de frío... Y luego hablaste de justicia y me obligaste a vengar lo que sólo tú habías padecido, sin pensar que yo también tenía mi alma, que mis sentimientos pugnaban por levantar a los caídos, por compartir el pan con el hambriento, las mantas con quien se helaba a la intemperie y, sobre todo, perdonar a los equivocados en el Bien...

Sí... Mil y una veces te escuché repitiendo que el mundo estaba en **crisis**, que había una **necesaria** inversión de valores pero que valores **eternos** como los de la **Libertad** la **Fraternidad** y la **Justicia** debían mantenerse siempre en alto... Todo eso es muy cierto —¡ciertísimo!— y estoy contigo: ¡los valores eternos **deben** mantenerse

siempre en alto! Pero... quienes necesariamente han de ser cambiados —¡y perdona mi crudeza!— son sus **portadores**...

Todo esto lo decía mi caballo, luego de ajustarme el freno...

¡Y mientras me ponía la montura!

DIJO la Cura a Fausto:

—Una vez que yo me haya apoderado de tí, el mundo entero no te servirá de nada. Ya se trate de dicha o de tormento, los remitirás al día siguiente. Tendido siempre hacia el futuro, tú ya nunca habrás de cumplirte... ¡A perpetuidad serás lo incumplido!

—Si ya te has apoderado de él... ¿de qué te sirve el mundo? —respondio irónicamente Fausto—. ¿O es qué ignoras que el error absoluto es la verdad? Un mundo eternamente incumplido será necesariamente un mundo perfecto, un mundo que por su mismo incumplimiento cíclico, tendrá que ser el más cumplido de los mundos... Así, pues, en virtud de esa imperfección de tu cosmos, tú misma te has convertido en la perfectibilidad suma, en lo que ya no es capaz de faltarse a sí ni faltar a los demás...

—¿Te burlas, Fausto?

—De ningún modo... Porque gracias a mi reciente condena de tu parte, yo he pasado a ser el cuidado, la

preocupación, el afán, las aflicciones y hasta el remordimiento... ¡Tendido siempre al futuro! —has dicho. Y hay cosa más grande —¡contéstame!—, que esa futurabilidad abierta, que ese choque inexorable del porvenir con lo incompleto, con todo lo inconcluso que hay en mí, que en parte es falta y en parte privación e insuficiencia...?

—¡Vamos, vamos, Fausto! Parece que mis hermanas Culpa, Carencia y Necesidad me han traicionado... ¿Pero es que no tienes a alguien más que responda por ti...? Porque estás en el filo de la navaja y hay quienes se pierden para siempre en un intento ingenuo de querer salvarse...

Fausto se miró las manos enguantadas que había tomado en préstamo a Mefistófeles. El demonio era también hijo de la Cura y sabía que ante ella fracasaban los milagros... Pero la Cura era mujer y siguió hablando y hablando sin preocuparse ya de lo que decía, sin cuidarse del contrario, sin afán de vencer ni afligirse por los resultados de su enfrentamiento.

Un descuido más y Fausto la tomó por el cuello. Mefistófeles, el matricida, comenzó a apretar y apretar entonces valido de sus guantes, hasta que la Cura, en su última imposibilidad de imperfección, desmesuró la boca y cerró los ojos definitivamente, entregada a la Suprema Perfección.

—¡Ahora el mundo es enteramente nuestro y será imperfecto para siempre! —exclamó Fausto jubiloso, buscando a Mefistófeles en sus guantes. Pero éstos habían desaparecido.

Fausto, el dominador, el hombre, quedaba solo... Porque Mefistófeles...

¡También había muerto con la Cura!

HERACLITO Y EL RIO

—¡TE repito que no, mi querido Cratilo...! —insistía Heráclito, dialogando con su discípulo a la sombra de un plátano efesiano. No hay más que una falacia parmenídica en eso de que el **ser** es uno, inmutable, inmóvil, infinito y eterno... ¿Ves aquella ave que se balancea en las alturas? ¿Puede pensarse que si echara atrás su vuelo el mismo aire azotaría sus plumas y la sostendría para que no cayese a tierra? ¡Mira el río, observa su fluir incesante, el resbalar de sus aguas procurando obstinadas su encuentro con el mar! ¿Puedes afirmarme, sin temor alguno al error, que te bañarías dos veces en él...? ¡No, no, Cratilo mío! Debes estar muy cierto de que en el Universo todo cambia, todo perece, porque **nada es** sino que **todo deviene** y las únicas leyes que rigen su sino son las del movimiento...

Veinticinco siglos después, bajo el invierno crudo, Cratilo paseaba a la vera del mismo río, flexionando sus músculos y sus pensamientos para calentarse... Pero esta vez el "asombro" no produjo en él ningún asombro, cuando pudo mirar que en el fondo del remanso congelado yacía el cuerpo de Heráclito, **uno, inmutable, inmóvil, infinito** y **eterno**, con los ojos abiertos, clavados en el cielo...

NEGACION INUTIL

—¡HE cantado tres veces y todavía no has negado a Jesucristo...! —dijo el gallo a San Pedro.

—¡Pierdes el tiempo! —repuso el apóstol. Ahora todos le niegan y una negación más, la mía, pasaría inadvertida.

MIMESIS

YO me estaba durmiendo en el velorio de Finnegan. Pero él —al advertirlo—, se salió del ataúd y quiso distraerme narrándome lo que ahora transcribo.

O'Dillon no era un comerciante, sino una máquina de hacer centavos. Se levantaba diariamente antes del alba y luego de salpicarse la cara con un remedo de lavado, se acercaba a un triple espejo que agrandaba la miseria de su cuarto. Gozando avariciosamente abría las dos hojas laterales y, ya en trance, contaba y recontaba billete por billete y moneda por moneda... No era como soñar despierto... Porque O'Dillon creía realmente que así multiplicaba su dinero al infinito.

—¡Es maravilloso! —exclamaba, dialogando consigo. ¿Te das cuenta? ¡Soy el primer mortal que palpa sin trucos lo real de su cuarta dimensión...! ¿Dudas, acaso, que estoy hecho de tiempo? ¡Entérate! El mundo físico no tiene que ver conmigo nada. ¿Que no? ¡Veámoslo! Como cuerpo que soy espacializo el mundo, este mundo que es mío pero es también de los demás... Ahora...

¡fíjate bien en esto! –insistía, señalando la triple luna azogada. A mi derecha está mi alma, objetivada... ¿La ves? Hace gestos a mi espíritu que le responde con guiños, a mi izquierda. ¡Ambos se entienden a la maravilla! Si el alma está enferma el espíritu sonríe y éste sufre cuando aquélla ríe... Pero ahí, en el centro, frente a mí, ni muy cerca ni tan lejos, reina el misterio –¡lo que sólo yo penetro!–, la dimensión que me sumerge en un inconmensurable mar de azogue. Su misteriosidad me impregna de oscuridades de relámpago, me convierte en dios por el secreto del instante... Sin embargo... ¡no es eso lo mejor de todo! Lo mejor es que cada onda dimensional se infinitiza al fusionarse a la esencia temporal... ¡Y mi oro, mi dinero, mis billetes, mis monedas, participan de ese tiempo esencial y se cambian, a su vez, en tiempo! ¿Está claro? ¡No hay ladrón sobre la tierra capaz de poner mano a mi riqueza! ¡Ji, ji, jiii! ¡Nadie puede conmigooo...! ¡Nadie! ¡Ji, ji, jiii...! ¡A esto sí puedes llamarlo poder, fortuna... y sólo yo, sólo yo puedo disfrutarlaaa! ¡A-ca-ri-ciar-laaa...!

Deliraba O'Dillon y casi ahogándose pasaba y repasaba sus dedos sobre el oro, como si los deslizara por encima de una cabellera tierna, sedosa, rubia.

–¡Sólo yooo! ¡Sólo yo tengo poder para cambiar este oro, para transformarlo de real a irreal en un soplo... y luego, a mi antojo, retrotraerlo para mí a lo real! ¡Para mí... a... lo... reaaal!

Los soles eran testigos de que O'Dillon trabajaba con forzosidad de condenado. Apenas si probaba bocado, tanto por no gastar como por no descuidar ni siquiera segundos el negocio. Ricos y pobres, limosneros y potentados, nadie escapaba a su voracidad, a su inflexible red de araña avara... Mas era entrar la noche... O'Dillon regresaba a su cuartucho miserable y olvidado del descanso repetía y repetía la escena frente al triple espejo... Hasta que una de tantas veladas –según referían

otros muertos–, el espejo se aburrió y atrapó a O'Dillon con los brazos laterales, precipitándolo en sus profundidades insondables.

Muchísimos años después el espejo devolvió el cadáver, que fue descubierto aferrado al mueble, aun cuando del oro no se supo nunca... El cristal estaba roto y se piensa que por alguna de sus grietas pudo caer, disolviéndose en la nada... Pero lo más raro del caso, es que a O'Dillon no lo han enterrado... ¡Ni se cree que lo entierren jamás! Porque a pesar de que todos saben que está muerto –¡irrevocablemente muerto!–, la gente se aproxima al féretro, curiosa, para mirar cómo en el fondo su triple rostro refleja, uno por uno, los gestos ambiciosos de los vivos...

TELON

JOHN Barrymore –celebrado astro del cine mudo-sonoro–, agonizaba. Dicen que el alcohol y la vida disipada le habían destruido orgánicamente hasta los sueños. En el diálogo final confiaba a su muerte estas palabras:

–¡Todas las puertas están cerradas...! ¡Los caminos están cubiertos de nieve...! ¡Los zaguanes están vacíos...! ¡Qué triste es quedarse solo!

–Hay genios que mueren sin saber que han sido idiotas! –comentó un zaguán, cerrando violentamente sus portones.

En su interior, el camino y la nieve pedían a la soledad otro actor con más humor para acompañarlo en su agonía.

LA MUERTE Y LA MODA

ENTRE gallos y campanas –morral al hombro y báculo en la diestra–, el viajero persigue su horizonte. Deja atrás todo un mundo que aún duerme olvidado de sí y del nerviosismo que lo tipifica como mundo. Clarea. De pronto, sin sorpresa, tras un atajo de pedruscos y yerbas malas, topa con la Muerte que mira tristemente a la ciudad, sentada, con los huesos en cruz, sobre una roca.

–¡Buenos días, mi Señora...! ¿Qué haces aquí, levantada tan temprano?

–Ya lo ves: ¡medito y sufro!

–¿Sufrir tú, nuestra Señora y Dueña?

–Eso es... ¡Sufrir!

–¡Cómo, así?

–Sufro el que los hombres ya no me teman, que ya no me miren con espanto... Sufro porque me han perdido el miedo, aquel miedo que me hacía tan poderosa.

–¿Pe...?

—¡Escúchame, buen hombre! Hasta ayer mi guadaña y mi esqueleto infundían temor a tus semejantes... ¡Yo era nada menos que Thánatos, la inexorable Parca Mayor, hermanastra de Ananke, aliada favorita de Némesis, la que siempre aguardaba paciente a que Moira resolviera sus cuestiones y me dejase libre con mi clientela, navegando por los ríos del olvido...

—¿...?

—...Pero un día de tantos, cierto filósofo idiota comenzó no sólo a especular entre los griegos, sino que él mismo se entregó en holocausto, como ejemplo. De ahí salió aquello de que "toda filosofía no es más que una preparación para la muerte..." ¡Era el pequeño surtidor amenazando convertirse en torrente! ¿Estoicismo y cristianismo? ¡Qué va! Esos no han sido más que ensayos doctrinarios, modos de comportamiento, concepciones del mundo, pálidos intentos que el hombre ha hecho para dulcificarme... ¡Pálidos —he dicho—, comparados con lo que vas a oír...!

—¿...?

... Como te decía, tocó el turno a un tuberculoso imbécil, un danés de nombre Jans Peter Jacobsen, quien inició el interminable hablar sobre la "muerte propia". ¡No me lo creerás! Pero este demonio tosigoso tuvo la ocurrencia de afirmar que yo le pertenecía desde **su** adentro, que yo era también hermana de **su** vida... ¡Como si la vida no concluyera donde yo comienzo! ¿Quieres algo que sobrepase cuanto llevo dicho? ¡Oyelo! .... Secundando al danés, un checoeslovaco escrufuloso —conocido en el basurero de la poesía inútil como Rainer María Rilke—, se apropió de aquel atrevimiento y en más de un cuaderno suyo me anotó **perteneciéndole**... ¡Hasta cuando vino finalmente a mí, por cortar rosas putrefactas para una amiga egipcia, no cesó de gritar que yo había **habitado** en sus entrañas y que me le **escapaba** por la boca **hecha poema**...! ¿Dime, por

favor, buen hombre... ¿atestiguarías tú tanta ignorancia y tanta desvergüenza?

¡Yooo...!

Aún no paró ahí el asunto... ¡Espera!... Simmel, Georg Simmel —otro de esos pobres metafísicos que me buscan donde no me encuentran pero que me encuentran cuando no me buscan—, inventó que desde niña mi existencia animaba la pintura de Rembrandt, que yo había **crecido** y **madurado** con sus cuadros y que en el último autorretrato —¡maldito plagiario!—, yo **afloraba** ya en las arrugas de su rostro, en sus labios quemados por la edad y aun en el olor de su boca desdentada...

—¡...!

—¡Palabras, palabras, palabras! —dirás. Sin embargo, luego de tanto sofisma los hombres han contraído algo así como una fiebre estoica **sui generis**, convencidos como están de que, en realidad soy la hermana **inseparable** de la Vida, que no hay por qué temerme, pues ya en su alumbramiento vienen conmigo y, por lo mismo, nacen **preparados** para morir... ¡**Nascentes morimur**! ¡Basura de expresión la que me aguanto!

—¿Y...?

—¿Comprendes ahora por qué sufro? Sin darme la más mínima oportunidad para recuperarme, la charlatanería existencial se hizo cargo del resto... Ha completado la obra que acabó con mi poder, al despojarme del misterio y degradarme a una categoría más de esa tu miserable condición humana... No sé si a esta altura me entiendas, pero insisto en que es por ello que medito y sufro...

—¿...?

—¿Que no? Como prueba bastas tú... ¡Tú eres mi mejor ejemplo! ¿Acaso me tuviste miedo? ¿Te espantaron mi guadaña, mis huesos al aire y mis ojos perdidos

en la Nada...? ¡Te repito que sufro! Mi otrora temido reinado apocalíptico se ha ablandado... ¡Hasta mis **danzas macabras** renegaron del vigor, deviniendo familiares, domésticas y aun apetecidas...

—Es verdad, mi Señora... No te tuve miedo, pero es porque vine buscándote... ¡Ahora ha perecido todo lo que era mío, nada tengo y estoy solo en el mundo! Mas no es de hoy que te persigo... ¡Créemelo! ¿Me creerías igual si te dijese que aun de niño te soñaba? ¡Cuántas veces desee no haber nacido! Ni el amor pudo hacerme olvidar este deseo... Por lo mismo, me creas o no, mi Señora, tu presencia aligera mi soledad... y...

—¿Lo ves...? ¿No te lo dije? ¡Me decepcionas! ¡Tú también eres de esos pordioseros de la "muerte propia"! Si de cierto me amabas en tu infancia, es porque al nacer ya me traías contigo... y mi presencia no ha hecho más que abonar el crecimiento, avivarte esa fe en mí que me derrota... ¡No hay caso! No es el hombre, ni el diablo ni Dios... ¡Es la Vida quien me vence! ¡Maldita Vida! ¡Aaaay!

—¡...!

—Pero... ¡óyeme! ¡Te lo suplico! ¿Qué dirías si yo intentase el mismo juego de la Vida, si la plagiara en sus trucos y artimañas? ¿Y... si como ella lo hace... me despojo de mi clásico atavío, olvido mi traje aterrador y copio la moda alegre y frágil con la cual engaña al mundo? ¡Ay, la Vida, la Vida! ¿Me comprendes? ¡Esa gran farsante va a tener desde hoy su más peligrosa imitadora! Y así como ella logra que la deseen y la gasten futilmente en placeres y vicios y la sientan vibrar cuando la están perdiendo, así, de igual manera, en vez de "muerte propia" voy a ensayar el papel de "**vida impropia**..." ¡Ya lo verás! ¡Ya lo verás! De aquí en adelante una sonrisa triunfal adornará la boca de mis elegidos y será la Vida, en cambio, la tenida por los siglos de los siglos...

—¡Termina pronto, Señora! ¡Porque me voy! —interrumpió el viandante.

Luego blandió el palo, se acomodó el morral, hizo un gesto —mezcla de desencanto y desprecio—, volvió la espalda y continuó su marcha.

—¡Buscaba a la Muerte...! —repetía mientras se alejaba— y a quien hallé fue a la Vida que se empeñó en engatusarme! ¡Igual que lo hizo con mi abuelo Edipo, pero él estaba ciego: no pudo descubrirla! ¡Yo, en cambio, aún vislumbro mi sol resplandeciente y sus fuegos que me invitan a quemarme... ¡Allá lejos!

El COMPLICE

JESUS ha abandonado el sepulcro y la noticia de su fuga corre como pólvora encendida por toda la ciudad. Jerusalén entera está desconcertada y la novedad recorre las piedras de sus calles, tropezando con sacerdotes y soldados, comerciantes y mujeres, camelleros, vagabundos y adivinos.

¿Qué es lo que realmente ha ocurrido? Pilatos, el romano, se inquieta. Y no es sólo por temor al César o al Imperio, sino porque la rara dulzura de aquellos ojos que él envió a la muerte, le han despertado un extraño sentimiento de credulidad por el milagro... Sin embargo, ordena que se detenga e interrogue a todos cuantos se sepa o se sospeche que estuvieron en las cercanías de la tumba ahora vacía, empezando por oficiales y soldados de la guardia. Su orden se cumple sin demora. Pero el resultado de los interrogatorios desconcierta aún más al pueblo, aguza el arrepentimiento de Pilatos y siembra los primeros temores entre los sacerdotes... Sobre todo, cuando el capitán de turno jura haber visto

llegar al sepulcro a un hombre llamado Lázaro, apartar sin ayuda la enorme piedra que cerraba la entrada, entrar y luego, con voz autoritaria, decir a Jesús: "¡Levántate y anda!"

EL CONCURSO

"Si los bueyes y los caballos y los leones tuvieran manos y pudieran pintar con las mismas y hacer figuras como los hombres, entonces los caballos dibujarían imágenes de los dioses semejantes a los caballos, y los bueyes semejantes a los bueyes; y formarían cuerpos de la misma naturaleza que los *suyos*..."

JENOFANES.

El presidente del Jurado Calificador se ajustó las descomunales gafas de color de sueño. Consciente de su importancia —no poco sobrador y petulante—, miró momentáneamente hacia arriba, procurando acaparar la atención del público. Luego, con paso académico ensayado, se encaminó hasta el grupo finalista.

En el anfiteatro selvático el lleno era total. Los concursantes esperaban ansiosos frente a sus creaciones. Se trataba de coronar al Rey de la Pintura y el voto del presidente era definitivo e inapelable.

Despaciosamente, los anteojos de sueño tecnicolor iniciaron la revisión crítica, inquisitiva y autoritaria:

—Dime tú, ¿qué pintas?

—¡Retrato a mi comadre Gacela! —dijo muy seriamente la Tortuga, mostrando en su tela una caparazón caoba, de la cual emergían cuatro patitas diminutas y una cabecita temerosa.

—¿Y tú, Mariposa?

—Tomé por modelo a Rinoceronte... ¡Quise captarlo a la hora en que toma su baño de sol —explicó dulcemente la interrogada, descubriendo una frágil mariposilla calidoscópica posada sobre un girasol.

—¿Y ése es tu cuadro, Paloma poeta?

—En verdad no sé si es mío del todo... ¡Porque algo debo a mi esfuerzo y mucho a la inspiración...! Plasmé la escena más familiar de Gavilán cuando éste, entre tímido y caricioso, entona su canción de amor para Gavilana, en tanto ella, sumisa, oculta su cabeza bajo el plumón del ala...

Mas lo que vieron las antiparras arcoíricas, fue la estampa de un palomar campesino. Allí dos pichones adivinaban la luna que nacía acompañada del lucero vespertino. Había parvas acumuladas y trigo desparramado sobre los surcos... Pero lo dominante era el tono candoroso del cuadro, en el cual su autora parecía desgarrada en sentimiento, en clima amoroso y en calor de nido...

—¡Hjmmm...! A ver... ¿y tú?

—¿Quién, yo...? Yo instantaneicé a los reyes de la jungla, en el momento preciso en que se disputaban fieramente una presa.

La Rata exhibió, entonces, cincuenta ratones comprometidos en riña cobarde sobre migajas de queso.

—¡Muéstrame ahora lo tuyo!

—¡Odio el realismo, mi pintura es simbólica! Por consiguiente, he expresado dos momentos de la Rebeldía —confesó calmosamente el Buey.

Los policromos lentes presidenciales se detuvieron. Les intrigaba la doble figura de un manso vacuno, resignado bajo el peso de su yugo.

—El turno es tuyo, Conejo...

—¡Idealicé al soldado humano mientras combatía! ¡No admito asquerosidades naturalistas: soy de la misma escuela de Buey! —declamó con harta vanidad el roedor.

La cartulina que se ofreció al contemplador, desarrollaba el tema ridículo de la pavórica liebre huyendo a campo abierto.

—¡Ahora es contigo, Topo! ¿Sigues copiando? ¡Ya es hora de que des algo de ti, algún asunto original... por lo menos!

—¿Copiar, dices...? ¡Escucha bien, Juez —espetó en tono de indignada arrogancia el Topo—: exijo más comprensión para mi obra y más respeto para mi persona! Yo no copio ni plagio sino que **recreo** el mundo. Tomo el alimento de otros, es verdad, pero lo digiero en mi cueva solitaria y luego lo expulso para la gente ansiosa de novedad, en forma nueva... ¿Que eso es caradurismo puro? ¡Tú que sabes de esto! ¿Crees que hay dolor más grande que el del recreador: el dolor de reconocer que toda su obra es producto necesario del descaro? ¡Soy un clásico **vivo** y es preciso que me comprendas, que me comprendan **todos!** Pero... ¡dejemos eso! ¡Fíjate bien en mi tela maestra! Recree un autorretrato de Guardabarranca, cuando éste recreaba —sangrando íntimamente—, el crepúsculo de un dios...

El crítico vio contrariado una superficie lisa, en la

cual sobresalía la autocaricatura del Topo, dando brochazos atécnicos con el rabo.

—¡Enseña tu pintura, Cerdo!

—Aún no he concluido... ¡Espera un poco! Intento captar al infortunado **homo sapiens** en su descanso, extenuado por su tarea civilizadora de cuarenta siglos...

Gruñendo de satisfacción, el porcino genial puso ante el Jurado Mayor su propia efigie, sumergida hasta las narices en la vasta llanura mundana, cenagosa, descompuesta y desolada.

—Cada quien ha trasladado al lienzo su intransferible sueño artístico, su personal concepción estética, pura, no hay duda —acotó el más alto calificador. Ahí está expresada su reconditez, eso íntimo que no puede engañar, pues de sinceridad se nutre la raíz de todo arte, de toda vocación bella vivida con desinterés —continuó pontificando y mirando de soslayo al Topo. Consecuentemente, la elección del triunfador resulta sumamente difícil... No obstante, mi voto se inclina por...

—¡Espera, espera, Buho Presidente! ¿Qué saben ésos de pintura? —interrumpió el Elefante, contoneando presuntuoso su montaña de carne centenaria. ¡Prémiame a mí o no premies a nadie! ¿O es que no sabes que sólo yo puedo pintar a Dios? ¿Que no? Te lo demostraré... ¡Mira a Dios en mis obras! ¡Contémplalo, contémplalo!

El paquidermo comenzó a agitarse como poseído. Recorrió de punta a punta el escenario selvático, ondulando su larga trompa que trazaba imaginarias figuras en el aire.

—¿Lo ves, Máximo Juez Buho...? ¡¡¡Eso es Dios!!! ¡¡¡Eso es Dios!!!

Los concursantes no comprendieron, el público tampoco... ¡Y el Buho menos! Porque todos ellos también

habían soñado en pintar a Dios, alguna vez, pero con cuerpo de Tortuga, de Mariposa, de Paloma, de Rata, de Buey, de Conejo, de Topo, de Cerdo y hasta de Juez Supremo...!

—¡¡¡Como Buho!!!

LA VERDAD

"¿Verdad? No existe... ¡Sólo hay hombres que la buscan afanosamente!"

ROMAIN ROLLAND.

ESTO que vas a leer no lo escribió nadie. Me lo refirió —hace muchísimos años de ello—, un sacerdote misionero de Ujiji, quien conocía la región de Tanganyka como su propia mano.

—Henry Morton Stanley no fue solamente el periodista audaz que todos ustedes los civilizados admiran, ni David Livingston el explorador que conmocionó al mundo, tanto con su desaparición como con su encuentro... ¡No, hermano! Ambos eran dos profundos buscadores de la verdad... Stanley no viajó únicamente por encontrar a Livingston, como vulgarmente se ha dicho, ni éste remontaba continuamente el lago Tanganyka sólo con el propósito de localizar las fuentes del Nilo... Insisto en que los dos buscaban inquietamente la ver-

dad... ¡El caso es positivamente admirable! Stanley y Livingston creían cada quien en **su** verdad y la inquirían por distintos rumbos... Así, cuando se hallaron en aquella mañana primaveral de 1871, el corto diálogo que sostuvieron no fue el que las agencias cablegráficas dieron a conocer al mundo, sino otro muy diferente... Exactamente, este:

—"Soy Enrique Morton Stanley y le congratulo a usted por haber descubierto la verdad, allá, tras las montañas... donde el Nilo **nace**...

—Y yo, David Livingston, soy quien celebra sinceramente a usted, por haber hallado antes la verdad... Allá, a la orilla del mar... ¡en donde el Nilo **muere**!"

—¡HYLAS ha vuelto! ¡Hylas ha vuelto!

Esta es una historia tan antigua, que debió haber sido borrada ya de toda memoria, sepultada —como dicen los eruditos ampulosos—, en la noche de los tiempos. Pero es lo cierto que el regreso de Hylas nos ha desconcertado...

—¡Hylas ha vuelto! ¡Hylas ha vuelto!

Era Hylas un hermoso efebo, fuerte, ágil y bien conformado, amigo inseparable de Hércules e integró con Jasón la tripulación del Argos, que, cierto día, partió hacia Cólquide en busca del **Vellocino de Oro.**

Se refiere que a la altura de las costas frisias, Hylas bajó a tierra para proveerse de agua dulce. Mas las ninfas del manantial enloquecieron de amor y abrieron un tálamo subterráneo en donde gozaron con él de los placeres y allí le retuvieron, soñando tal vez que para siem-

pre... La verdad es que Hylas no reapareció nunca. Por cuanto sus amigos, los **argonautas**, se hicieron a la mar, resignados, cansados por fin de buscarlo inútilmente. Sin embargo, se cuenta que durante muchos días y muchas noches, éstos recorrieron desesperados las costas de Frisia, gritando incesantemente: "¡¡¡Hylaaas!!! ¡¡¡Hylaaa...s!!! Pero –como expusimos antes–, el mancebo no fue hallado jamás.

Nosotros, los griegos, que tenemos por herencia convertir en héroe e inmortalizar a cuanto mortal nos simpatiza, creamos desde aquel entonces el culto a Hylas y año con año –no bien la primavera se ha anunciado con sus lluvias y sus flores–, hemos corrido de nuevo a través de las costas egeas gritando "¡¡¡Hylaaas!!! ¡¡¡Hylaaa...s!!!" Creíamos así, que con ese llamado insistente fortalecíamos nuestra fe en la amistad y en el amor...

Hoy el asunto se complica... ¡porque Hylas ha regresado! Acaso al fin de tanto reclamarlo, las ninfas se han compadecido de nosotros y nos lo han devuelto... ¿Para qué? Hylas es el mismo efebo hermoso, fuerte, ágil y perfectamente conformado... Mas los tiempos han cambiado, la amistad no existe ni el amor tampoco... Y afirman los viejos pescadores, que por las noches un lloro continuado brota de las arenas mediterráneas, mientras se ve una sombra correr hacia la costa, repitiendo: "¡¡¡Hylaaas!!! ¡¡¡Hylaaa...s!!! ¿Y quién duda que aquella sombra no es la del propio Hylas? Puede que busque el desdichado, a los hombres que olvidaron su amistad o a las ninfas que le han cerrado el mar...

LA DUDA

CON el anterior tengo 12 cuentos escritos. Estoy –como podría decirse–, a la mitad de este nuevo libro. Por lo mismo, me siento más que satisfecho. Mis dedos repiquetean ágiles, incansables, veloces sobre el teclado y el huso de mi dactilográfica sigue también un ritmo endemoniado, yendo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha sin que yo pueda detenerlo ni experimente el mínimo deseo de intentarlo. Me siento –por decirlo así–, como en el aire... ¿Inspiración? ¡Seguramente que no! Confieso que siempre he sido torpe escribiendo, sobre todo cosas mías. Debido a ello, tanta espontaneidad, tanta fluidez, tanta fluvialidad de expresión y este galopar incontenible de pensamientos que no hallan asidero y que se vienen encadenando de manera ininterrumpida desde que inicié el primer relato, me sorprenden... ¡Y una duda razonable, por demás, me asalta...! ¿Seré yo quien efectivamente está escribiendo ahora? ¿O será mi máquina la que –como siempre–, escribe y escribe y escribe, para que al final yo, automáticamente, ponga mi firma a sus escritos?

¡SILENCIO!

El condenado a muerte lee la Biblia, **el Libro de los Salmos.** De repente, una voz llama a su celda:

—¡Soy yo, la existencia, tu existencia! ¿Quieres decirme dónde estás?

El condenado a muerte no oye, no contesta. La voz se aleja y apenas su eco dolido resuena en las paredes carcelarias:

—¡Dónde estás? ¡Dónde... estás? ¡Dón... de... es... taaas?

¡Silencio!

El condenado a muerte continúa leyendo su Biblia. Recorre el **Salmo 6.** Otra voz llega a él, disfrazada de ruego:

—¿Puedes decirme dónde estabas? ¡Quien te habla

es tu conciencia, tu propia conciencia! Dime, pues, ¿dónde estabas?

El condenado a muerte detiene su lectura. Levanta la mirada y pone oído atento. Cree haber escuchado que alguien le imploraba.¡ Pero la voz sonaba tan lejana! Era un acento parecido al lamentarse de los muertos. Ya no se oye nada. ¡Solamente el silencio! Y torna a sumergirse en el agua balsámica de un Salmo.

Esta vez ni siquiera el eco redobló la súplica.

¡Silencio!

Dos voces conjugan su nota lastimera:

—¡Somos tu conciencia y tu existencia! ¡Háblanos! Por tu vida y por la nuestra dinos, por lo menos... ¿qué haces ahí? ¿Y dónde estabas?

—¿Qué es esto? ¡Es el silencio que grita!

El condenado a muerte percibe muy claras las voces, alejándose:

—¡En... dónde... estás? ¡En... dónde... es... ta... baaas?

Entonces se precipita temblando a los barrotes. Se desespera. Se retuerce. Se esfuerza por abrir, por contestar. ¡Nada! Nuevamente el silencio. Las voces se han marchado y hasta el eco se mantiene sin vibrar, vacío.

—¡Idiota! —le increpa otra voz imprevista, surgiendo misteriosa, profunda y grave desde su propio fondo entrañable. ¡Idiota! —repite. ¡Eres culpable, lo sabes bien y ellas te traían la justificación! ¡Pero tú las rechazaste! ¡Tú las rechazaste! ¿Por qué no les dijiste que estabas aquí, conmigo, adentro...?

—¡¡¡Aquí!!! ¿Dónde...? ¿Y con quién?

—¡Conmigo! ¡Con tu **ser**, que **soy yo**! ¡Ay! ¿Pero de qué te sirvo ahora, si ellas se han ido? ¡Ellas se han ido...! ¡Y yo también me voy, siguiéndolas!

—¡Dónde estáaas...? ¡Dónde... estáaas? ¡En... dónde... es... ta...baas? —secundó el eco, arrastrando consigo un triple llanto.

¡Silencio!

Nada. Nada... ¡Nada!

El condenado a muerte ya dio el **Salto.** Sin embargo, la cuarta voz —su auténtica voz originaria—, se rebeló hasta el último instante. El Diario de los Muertos ha registrado sus palabras de estreno en la Ciudad sin Tiempo. Fueron estas:

—¡Váyanse al diablo! ¡Yo soy lo irremediable! ¡Aun antes de pecar, yo ya era culpable...! ¡Estaba condenado desde siempre!

¡Y todavía sigue leyendo!

MEDIODIA nublado. Paul Valéry y yo reposábamos sobre una isla baldía, de inscripción estéril, en el cementerio de Cette.

El mar —¡su mar!—, siempre recomenzando, resurgía a lo lejos hecho polvo desde las rocas, mientras aquí, en la colina mortuoria, nuestro pensar espeso tendiente a la presencia pura, se entrecruzaba, viajaba de cráneo a cráneo dejándonos a cada uno de nosotros, la sensación de poseer el meditar del otro...

Y más allá, hacia el otro lado, desde el techo neblinoso, rayos verticales sin fin descendían sobre la ciudad, empapándola en una llovizna fría y silenciosa.

Pablo estaba flotante, como en éxtasis... De pronto, sin apartar los ojos de su mediterráneo mar distante, me comenzó a decir:

—Los hombres se engañan a menudo, pero conmigo se equivocaron siempre... Y la razón está en que frente a la opacidad ideal de mis confesiones se desorientaron

y de manera infecunda se empecinaron en aclarar mi verso. Esa misma necedad los llevó a sostener que yo era un poeta **"puro"**, cerebral por excelencia y que en tal sentido me importaba poco la obra y su almacén de sentimientos, puesto que mi único interés era hacer luz sobre mi método e iluminar mi propio proceso creador... Yo sostuve en cierta ocasión —¡es verdad!—, que las obras son los residuos muertos de los actos vitales del creador, pero de lo que en el fondo quise decir a la interpretación que después dieron a esas expresiones, hay una distancia cósmica... ¿Quién puede sostener, por ejemplo, que mi **Cementerio Marino** o **La Joven Parca** sean frutos de pura inteligencia, debidos a procesos lúcidos puros, afectados por entero del mal agudo de la precisión?... Usted es poeta y sabe a conciencia que es imposible deslindar en un poema lo que pertenece al cerebro de lo que se debe al corazón... Lo que ocurrió conmigo es algo tan personal, que por lo mismo, justifico a quienes me han mal interpretado. ...A veces uno piensa demasiado en la humanidad y esto hace que el cerebro se ablande, se nutra de sentimientos y de ese modo se convierta en una especie de corazón **"iluminado"**. Y al revés. A fuerza de odiar tanto el corazón rechaza el sentimiento, se endurece y hiela, transformándose por inercia funcional en **"razonador"** de las vilezas... ¡Esta mutación es la que yo he padecido! Puedo afirmar que mi corazón se quedó odiando y mi cerebro es el que ha sufrido constantemente por el destino humano... Los poemas citados, son producto necesario de este **cruce vital**, de esta "inversión orgánica específica", que es como yo prefiero llamarla... No creo que sea preciso recurrir a conceptuaciones metafísicas para entenderlo. Pascal hablaba de ciertas "razones del corazón que la razón no conoce", mas yo creo en positivos sentimientos del intelecto que el intelecto mismo ignora... ¡Este y ningún otro ha sido mi camino! El **hostinato rigore** de Leonardo y la **oscuridad esencial** de Mallarmé, fueron mis precedentes maestros en esa ceguera deslumbrante del poema, creado en el

misterio y luego templado en el análisis... !Pero le ruego que mejor escuchemos el mar y el silencio inquietante de sus muertos! ¡Son dos razones bastante sentimentales para hacernos callar...! ¿No le parece...?

Después, el halo neblinoso que abrillantaba la presencia porosa de mi amigo, se empezó a diluir y como nube que vuelve al manantial de origen, se adentró nuevamente en su sepulcro.

Yo, en tanto, no quise regresar al mío y me he quedado solo. Porque Valéry me dejó su último poema, con encargo especial de traducirlo al mundo, tarea que no es fácil ni difícil, puesto que se trata de **poesía pura** y su esencia no alcanza ni va más allá de la primera palabra.

EL POETA

OSWALDO, el poeta, me dijo a medio sueño:

—Tú eres dios... ¡Pero te juro que yo puedo aprisionarte en un suspiro!

Dicho lo anterior, me encerró en una red de esencias que él definió como **ser** de su poema.

He despertado. Mas reconozco que como dios soy un fracaso. Porque a pesar de los billones de milagros que realizo diariamente —y los que tengo realizados desde la eternidad—, no logro escaparme de este sencillo instante lírico, ese ingrávido lazo poético con el cual el creador —durante **mi** sueño—, me ha atado a **su** creación.

TERSITES

TERSITES ha muerto.

—¡Voy a morir! ¡Cuán feliz soy...! ¡Qué saben ellos de amor! ¿Qué sabían cómo yo la amaba? —fueron sus últimas palabras.

Está escrito en los viejos textos, que nunca entre los griegos existió hombre más feo ni los escudos de Ilión reflejaron antes monstruo tan repugnante: bizco, calvo de cabeza en punta, nariz aplastada, brazos de mono, piernas arqueadas, voz aflautada, labios ultrajantes, boca desdentada y joroba como jamás hubo otra... Sin embargo, talvez los dioses tuvieron para él alguna pincelada compasiva, porque en el instante de expirar su rostro amoratado y sangrante —a causa del golpe mortal que le propinara Aquiles—, se aureoló con una luz que no irradiaba de las fogatas aqueas, sino de más allá, acaso de los crepúsculos del Termodonte o de la Capadocia entera, donde las amazonas en duelo galopaban por las llanuras quejumbrosas —sus arcos vacíos y sus cabelleras desgreñadas—, inconsolables ante la

muerte de Pentesilea, su reina, no abatida por el hijo de Peleo, sí por su propia desventura...

¿Qué había sucedido? Esta es una hermosa historia de amor que se olvidó a Homero. Aedas posteriores tampoco se atrevieron a cantarla, no por temor supersticioso sino porque Grecia inició el culto a la Belleza. Sus habitantes nacieron, crecieron y murieron en la convicción fanática de que sus cuerpos y sus almas, sus vidas y sus muertes eran bellas y que, por lo tanto, había que ser bello en la vida de la forma para gozar lo bello eterno en la vida de la muerte.

Bellos eran Ulises y Agamenón y Eneas. Y eran bellos Patroclo, Ayax y el supradmirado Aquiles... Y saturados de belleza estaban para los griegos invasores de Troya, todos sus combatientes. Y ocurrió que tanta belleza aburrió a Pentesilea, quien vio a Tersites y se prendó al segundo de él.

Noche a noche, cuando el grueso de los ejércitos dormía reponiéndose de las fatigas del combate —apenas las sombras centinelas daban sombra a las fogatas hesitantes—, la amazona se acercaba al monstruo que sufría su sueño a la intemperie. Se arrodillaba ante él, lo arropaba y allí permanecía contemplándole con ternura poseída, hasta que un ruido sospechoso o los claros despuntantes del día la obligaban a alejarse... Pero en una de aquellas jornadas, Aquiles —que agitado de presentimientos paseaba retirado de sus tiendas—, descubrió la escena y se encendió al punto de ira, tanto porque odiaba a Tersites como porque había comenzado a sentir un fuego interior por su enemiga... Después, impotente el vástago de Peleo y Tetis para evitar esos encuentros, provocó el duelo. Mas no fueron ni su lanza ni su maza las que mataron a Pentesilea, sino que ella misma se entregó a la muerte. Porque reina como era y guía de sus huestes al combate, no le estaba permitido amar, mucho menos desposar y tener hijos...

Quienes vieron a Aquiles llorar sobre la muerta, aseguran que Tersites no se burlaba ni reía de ellos, puesto que él también lloraba, lloraba su único, sublime y recién perdido amor. Mas su rostro deforme fue siempre traidor a su alma y simulaba reír cuando él en su interior sufría... Aquiles, el soberbio, no lo pudo comprender...

¡Y le mató de un puñetazo!

Me olvidaba decir que esto no es más que un sueño del que Tersites, el verdadero Tersites, acaba de despertar... Y lo peor del caso es que está aquí en mi propio estudio, frente a mi máquina de escribir, queriéndome dictar la historia que yo mismo acabo de contar...

Es que el pobre —más desolado que nunca—, trata de vivir de sus recuerdos, sin que haya una Pentesilea que muera de amor por él, ni un Aquiles piadoso que venga a liberarlo del dolor de existir... ¡de un puñetazo!

—¡BARRABAAAS! ¡Barrabaaas!

—¡Ven acá, acompáñanos Barrabás!

—¡Ya eres libres...! ¿Te das cuenta, Barrabás?

—¡Qué esperas entonces, Barrabás?

—¡Acércate a nosotros, Barrabás!

—¡Queremos celebrar, libar, danzar y gritar por tu perdón, Barrabás!

—¡Deja ya de mirar al vacío... y canta y bebe con nosotros, Barrabás!

—¡Barrabaaas! ¡Barrabaaas!

Pero Barrabás no contesta. Se limita a gruñir. Su libertad y su perdón le importan poco. Nada le distrae, nada le alegra. Porque allí —frente a las tres cruces del Calvario—, piensa que con una miseria de amor y un poco más de paciencia...

¡El pudo ser Jesús!

EL VERDUGO

AUN no se ha puesto el nuevo sol desde la muerte de Sócrates. Los desgarradores plañidos de Jantipa, su mujer, continúan escuchándose. Sus ayes se confunden con los vientos silbantes que bajan del Himeto, para morir en los huertos y olivares del suburbio de Alopeke, lugar de la residencia socrática. El joven Platón —agravado en su dolencia—, rechaza todo alimento como expresión de pena y hasta el viejo Critón, en su desesperación por rasgar el duelo de su manto, se ha causado heridas tan hondas con las uñas que no cesan de sangrar...

Esquines y Fedón —testigos presenciales de las últimas horas del Maestro—, faltos en absoluto de sueño, han corrido presurosos a casa de Lisias, ansiosos por referir al abogado una serie de hechos que Atenas en pleno comenta consternada.

A la vista de sus amigos, Lisias aleja con un gesto al esclavo que masajea sus piernas varicosas, dispuesto a escuchar.

—¡Nuestro Sócrates murió como había vivido! —di-

ce gimiendo Esquines. Amigos, discípulos y admiradores le acompañamos hasta el fin... Lo vimos firme, sereno, dueño absoluto de sus virtudes y sus razonamientos, esos que fueron causa de su prestigio entre los jóvenes y motivo de envidia en más de algún anciano... ¡Si tú le hubieses visto, amado Lisias! Apuró la cicuta sin sombra de temor y hasta el instante final se ocupó en convencer a los presentes de que si la muerte pesa es por ligera, puesto que no es sino una voluminosa carga de sueños que nos transporta con paso alado a otro mundo de eterna venturanza...

—¡Pero he aquí lo que motiva la consternación que en principio te confiamos...! —interrumpe Fedón, con voz pausada. Pocas horas después de que Critón, logrando contener el llanto, comprobó la muerte de Sócrates y le cerró piadosamente los ojos y la boca, el carcelero y el verdugo —el Feo que se desempeñaba como tal y como médico de la prisión—, fueron hallados muertos... Al momento se sospechó venganza. Se creyó que algún fanático podía haberla tomado contra quienes, en verdad, nada debían. Pero por las mujeres que plañían junto a los cadáveres se pudo saber, después, que ambos —de común acuerdo y según su propia voluntad—, decidieron poner fin a sus días e ir tras los pasos del Maestro... Muy cierto es, ¡oh, Lisias!, que, como te lo ha dicho gráficamente Esquines, Sócrates no paró hasta lo último de aconsejar en nombre de la vida. Pero quien así aconsejaba era su **logos**, porque de su **pathos** conformista lo único que se desprendía era un callado invitar hacia la muerte, en nombre de los dioses y de las almas inmortales... "¡Si hay una razón justa para desear la muerte —nos dijo—, hay dos razones aún más poderosas para saberla aguardar!" Sin embargo, Sócrates mismo no parecía interesado en esa espera y rechazó con energía la fuga que Esquines y Critón le proponían... ¿No es así, Esquines?

—¡Verdadero es cuanto mi amigo te confía! —apresura Esquines, retomando la palabra. Pero mayormente

grave es lo que Atenas sostiene: "¡Sócrates, con su prédica corrupta, ha matado al carcelero y al verdugo!" ¡Por el can, Lisias! Antes del juicio y aun en el minuto anterior a la condena, se comentaba que el socratismo corrompía a los jóvenes... ¡pero ahora se afirma que también mata a los viejos!

El abogado no ha perdido gesto ni palabra de sus informantes. Su memoria lo torna al pasado, sin esfuerzo... Tiene ante él nuevamente a Sócrates, de pie, sereno, orgulloso, lleno de sí mismo, enfrentando fríamente al tribunal. Le escucha, muy claro, repetir: "¡Ya es tiempo de que nos retiremos de aquí, yo para morir, vosotros para vivir! ¿Entre vosotros y yo, quién lleva la mejor parte? ¡Esto es lo que nadie sabe, excepto Dios...!" ¿Debía tomarse a este Sócrates como a un enamorado de la vida? ¿No parecía más bien un favorito de la muerte? Positivamente no la recomendaba con voz de razón, pero la aconsejaba con su propio ejemplo lo que, indudablemente, era más serio... El, Lisias, el abogado, el orador, el lógico, empieza a dudar de aquel hombre justo a quien con tanto empeño, había querido defender...

—Pero dinos, Lisias, ¿te hemos hablado de lo que consterna al pueblo, de lo que en la ciudad está ocurriendo...?

—¡Me temo que no!

—Querefón, el efebo —y nuevo amante de Alcibíades—, nos lo acaba de contar... —recomenzó Esquines, a su vez, alterando la voz y desmesurando la mirada. Melito se ha vuelto loco, dice. No poco forcejearon esclavos y sicofantes para bajarlo recién del areópago, donde se hallaba solo gritando y repitiendo sin parar sus palabras iniciales del juicio: "¡Mi padre odió a Sócrates, yo lo odio también y mis hijos lo odiarán, lo odiarán, lo odiarán...!" Licón, por su parte, está delirando de borracho. Lleva horas y horas perorando frente a la casa de Jantipa e imagina convencer a las paredes

de que la religión, la familia y los negocios **son** la vida del Estado, en tanto que Sócrates con su **daimon**, su **logos** y su **filosofía, eran** la muerte... ¡Por Zeus, Lisias! ¡Tampoco Anito ha escapado a la maldición! Dicen que ha caído en un estado de semidemencia tal, que pasea incansablemente por su habitación tomándose de rato en rato la cabeza, mientras exclama: "¡Oh, dioses, mi conciencia, mi conciencia! ¡Ha llegado La Salamina! ¡La Nave del Estado ha vuelto, va a cumplirse la sentencia... y con ella mi final! ¡No te vayas, Sócrates! ¡Por los dioses, espérame, yo voy contigo! ¡Yo voy contigo, Sócrates...! ¡Ya voy, ya voy! ¡Ay, mi conciencia, mi conciencia!" ...Lo dicho, Lisias, aseguran que está ocurriendo y por ello la ciudad se encuentra escandalizada...

Involuntariamente, el orador se hunde en su fiel memoria. Torna nuevamente al proceso de Sócrates. La escena interior se ilumina. Los rasgos son bien definidos y las voces claras: "¡Oh, atenienses, no es lo difícil evitar la muerte. Lo es mucho más evitar la deshonra, que marcha mucho más ligera que la muerte! —sostiene condenatoriamente el hijo de Sofronisco. Esta es la razón por la que viejo y pesado como estoy, me he dejado llevar por la más pesada de las dos, la muerte; mientras que la más ligera, el crimen, está adherida a mis acusadores, que tienen vigor y ligereza. Yo voy a sufrir la muerte, a la que me habéis condenado; pero ellos sufrirán la iniquidad y la infamia a la que la verdad les condena. Con respecto a mí, me atengo a mi castigo, y ellos se atendrán al suyo..." "...¡Oh, vosotros! que me habéis condenado a muerte —continúa implacable—, quiero prediceros lo que os sucederá, porque me veo en aquellos momentos, cuando la muerte se aproxima, en que los hombres son capaces de profetizar el porvenir. Os lo anuncio, a vosotros que me hacéis morir, vuestro castigo no tardará, cuando haya muerto, y será ¡por Zeus! más cruel que el que me imponéis. En deshaceros de mí, sólo habéis intentado

descargaros del importuno peso de dar cuenta de vuestra vida, pero sucederá todo lo contrario; yo os lo predigo..." "...Se levantará contra vosotros y os reprenderá un gran número de personas, que han estado contenidas por mi presencia, aunque vosotros no lo advirtáis; pero después de mi muerte serán tanto más importunas y difíciles de contener, cuanto que son más jóvenes, y más os irritaréis vosotros, porque si creéis que vasta matar a uno para impedir que otros os echen en cara que vivís mal, os engañáis. Esta manera de libertarse de sus censores ni es decente ni posible. La que es a la vez muy decente y muy fácil es, no cerrar la boca a los hombres, sino hacerse mejor. ¡Lo dicho basta para los que me han condenado y los entrego a sus propios remordimientos...!"

El largo discurso socrático —pese a que era en su propia defensa—, analizado fríamente producía otro efecto. Lisias, el moralista, está ahora seguro de su duda... Sócrates —¿qué duda cabía?—, fue injustamente condenado a la última pena y ejecutado días más tarde... Pero... ¿de dónde salió el nuevo verdugo que acabó —luego de la ejecución—, con su propio verdugo y hasta con el carcelero? ¿A quién pertenecía aquella voz que hoy atormentaba la conciencia de sus jueces? ¿Melito, Licón y Anito, no fueron también objeto de condena a muerte? La maldición de Sócrates no daba lugar a equívoco... Mas... ¿quién ejecutó la sentencia...?

Lisias, con un mohín de desencanto, llamó de nuevo al esclavo y le ordenó que continuara masajeando sus piernas varicosas. En esta forma daba a entender a sus visitantes que la cita había concluido. Pensaba que lo ocurrido era talvez lo mejor pero a él, personalmente, ya no le interesaba...

—¡Bien, bien! Convengamos en que todo es cierto, pero nada extraño, amigos míos —dijo para finalizar.

Nuestro Sócrates ha sido un hombre excepcional, el mejor de cuantos hemos conocido en nuestro tiempo y, por otra parte, el más sabio, el más justo de todos los hombres... ¡Pero, a la vez, el más cruel, el más inflexible, el más despiadado de todos los verdugos!

EL BESO

DIJO el Nazareno a sus discípulos:

—Aquel a quien yo dé un beso es el culpable, el traidor. ¡Capturadle, flageladle y matadle de una vez a palos!

Los apóstoles aguardaron en silencio. Jesucristo se acercó a Judas, lo miró dulcemente, le acarició con ternura los cabellos. Luego, cerró los ojos, inclinó la frente...

¡Y se besó en las manos!

—¡ESTOY muy resentido contigo! Dime... ¿por qué me engendraste? Yo bajaba feliz de la montaña. Portaba mi mensaje de fuego, sangre, látigo y cadena al hombre nuevo. Creía firmemente que el **superhombre** me esperaba y llevaba en su obsequio el cadáver de la Libertad y a la Justicia encadenada para que le sirviera... Todos los oráculos habían sido preparados por mí, las profecías ajustadas a mi credo y descendía seguro de que mis prédicas iban a avivar el odio que desde su origen incuba toda entraña humana... ¡Era mi poesía de la muerte! ¿Hay algo más bellamente aterrador? Con la canción de la guerra entre los dientes, me consentía ya el dios de los escombros, ángel del hambre, pastor absoluto de la peste y la miseria... "¡No habrá raza de hombres —me decía—, que tentada por mi mal no sienta deseo de empuñar la espada y, hombre por hombre, cada uno será brutal Caín para su Abel!" Mi goce, entonces, era pleno. Me imaginaba a Dios abatido a mis pies, atado y arrastrado luego por mi carro vencedor bajo el himno de mi grito, de mi ruego lapidario, de mi verbo engendrador de apocalipsis... ¡Pero tú me engañaste! ¿Por qué no me en-

señaste que la verdad es un ejército movil de metáforas? ¿Por qué sólo me diste a la luz de tu propio ocultamiento? Cuando llegué a la ciudad ya todo estaba hecho: ¡el hombre era lobo hijo del hombre y Dios había muerto! ¿Qué me queda, pues —¡dime!—, por hacer...? ¡Que dos vuelvan a ser uno es necesario! ¡Es mejor que retorne al sitio de donde me sacaste...! ¡Aún me queda tu dolor y también el dolor merece ser vivido!

Así habló Zarathustra...

¡Y regresó llorando al corazón de Nietzsche!

EL REMEDIO

CUANDO le dije que estaba aburrido de la vida y deseaba suicidarme, el curandero me explicó, mientras yo recibía el frasco de láudano:

—¡Por sí o por no, aquí está el remedio para sus males! Beba el contenido de este frasquito antes de acostarse. No es mucho, pero será suficiente... Ahora bien, si unas cuantas horas después de que lo haya tomado se arrepiente y quiere vivir de nuevo, tome otra dosis igual. Eso bastará para provocarle vómitos y expulsar así el veneno... Pero lo difícil, lo verdaderamente difícil va a ser contar con la persona que le de la otra dosis... ¡Porque usted ya estará muerto!

EL ESPERADO

HANS Zeher –filósofo alemán, a quien Gabriel Marcel se pega como a su propia sombra–, me relató lo siguiente una cruda noche de invierno europeo, allá por 1997, cuando la nieve calaba hasta los tuétanos y nos parecía que el mundo había congelado definitivamente sus rasgos, para dejarnos por toda la eternidad **"sin mundo."**

Adán Tres Equis es el nombre de nuestro personaje... ¿Y no podría pensarse que las **X** de ese apellido tan raro, escondan las incógnitas del **salvajismo,** la **barbarie** y la **civilización?** Talvez sí, acaso no... Pero lo que nos interesa saber es que Adán Tres Equis está sentado a la orilla del camino, bajo el alero miserable de su choza, riesgosamente situada entre la llanura desolada y el abismo. Por momentos deja que su mirada escrute ansiosa la planicie yerma y a ratos la clava con pavor en el barranco. Piensa que apenas tiene 45 años y ya el cabello ralo, enteramente blanco. Antes poseyó de todo, ahora no tiene nada. Recuerda con nostalgia que un día llamó el amor y él le respondió

cantando. Conoció entonces mujer y luego hijos. Su hogar le brindó en disfrute pleno calor y pan y sal y vino. Y gozó de mantel siempre dispuesto y lecho compartido. Y vivió la emoción de tantas estaciones claras, de soles y lunas con inagotable vocación de primavera... ¡Así fue su vivir: sencillo y simple! Hasta pudiera decirse que fácil y grato de pronunciar como un verbo de primera conjugación: amar quizá y —¿por qué no?—, cantar o descansar... Pero una tarde —crepuscular como todas las tardes y dolorosa como los deseos que se extinguen—, llegó otra vida a reclamarle en nombre de mil vidas, de millones de vidas que iban hacia la muerte... ¡Y él fue todo entusiasmo! Y de manera igual que a su primer amor, contestó lleno de fe, entonando la misma balada que el hombre —en situación idéntica—, viene repitiendo desde que hizo su aparición e incorporó la tierra a **su** mundo... Después... ¿Para qué recordar más? ¿Vale tanto la pena? Leyó en su infancia que cierta vez hubo un cosmos **para** el hombre... ¿Qué se hizo? El tuvo familia, propiedades, animales, amigos... ¿Qué se hicieron?

Adán Tres Equis respira **—expira,** mejor dicho—, despaciosamente. Mira sus manos callosas. ¿Volverán a servir para el trabajo? Observa sus pies desnudos. ¿Le ayudarán a conquistar un universo nuevo? Palpa sus pulsos vacilantes. ¿Ritmarán otra vez a la caricia? ¿Y el alma? ¿Tendrá asilo para Dios en su último minuto...? Involuntariamente recuerda que también fue dueño de un nombre, que todos le llamaron por él y que lo respetaron... ¡Pero hoy sólo es un dato, una ficha estadística, una cifra más sin asidero en la arena movediza de los **sin mundo!** "¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo esto?" —se pregunta. Y considera que **debe** esperar porque **alguien** vendrá, hoy, mañana, pasado... —¡cualquier día!—, a darle una respuesta.

Atardece. Adán Tres Equis sigue en la espera. Desde la barraca sus ojos se alargan, procurando acaso abarcar el temblor del horizonte o descubrir quién sabe qué por la llanura. A ratos mira la altura, esforzándose por escapar a las incitaciones del abismo, para luego reiniciar la búsqueda a través del yermo reverberante, incierto y promisorio...

De pronto, **algo** se vislumbra... ¡Algo viene de allá, de la planicie honda! Es casi un punto de sueño, virando lentamente hacia lo real al acercarse... El **esperante** delira por **el esperado:**

—¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo ésto?

¡Sí, sí! Es algo que llega, lejano e informe como la esperanza, algo que se aproxima con la respuesta a flor de labio... ¡Claro! Es **lo** esperado acudiendo tarde pero seguro, presto a despejar todas las dudas. El pulso se acelera y la mirada se adelanta aún más hacia el encuentro.

—¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo ésto?

Antes hubo paciencia: ¡ahora ya no la hay! El respirar se torna fatigoso, anhelante, pues el punto distante cobra figura humana. Adán Tres Equis estalla en alegría súbita: "¡Es **él,** el esperado!" ¡La angustia sobra, por consiguiente! ¡Nada de preocupaciones! Con el recién llegante cualquier problema tendrá pronta solución...

—¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo ésto?

Pero... si efectivamente es **él,** ¿cómo será...? La respiración se vuelve ahogo. El agotado corazón recurre a sus últimas reservas... ¿Será joven...? ¡No, necesariamente...! ¿Su caminar, no es acaso vacilante? ¡Más bien parece un viejo! Sin embargo...

—¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo ésto?

El viandante se acerca y su sombra se besa en el suelo con la sombra del alero. Su figura se recorta clara y no disimula el cansancio que lo agobia. Es joven, muy joven, casi un adolescente. Se apoya en un palo gastado y no lleva otra cosa con él. ¡Ni agua ni alimento! Unicamente dos ojos hurgadores acusan hambre y sed por sobre el rostro famélico, bajo la frente plegada y el cabello revuelto, prematuramente cano.

El solitario Adán Tres Equis reflexiona: "¡Mi huésped debe traer mucha experiencia a cuestas...! Venturosamente... ¿no viene de muy lejos con el polvo de tantos caminos en el cuerpo y el brillar de quien sabe cuántos cielos estrellados en el alma...?" Y cree con el potencial entero de su ser, que el llegante es solución... ¿Por qué no habrá de poseer el secreto de ese apoyo cósmico que a él le está faltando, la ruta de aquel **mundo** perdido que hace milenios fue su hogar, su **"todo"** y, a la vez, su mundo...? ¡Ha esperado tanto! ¡No hay tiempo que perder! El corazón le salta, temeroso... ¿Esperará, aún más? ¡No! ¡Que el viajero puede continuar su rumbo y dejarlo nuevamente solo...! ¡Solo con su cabaña miserable atrapada entre el desierto y el abismo! ¡Solo con sus tres preguntas que quedarían para siempre sin respuesta... Convencido Adán Tres Equis se alza sobre sí mismo, asume su libertad, domina sus temores y se decide a interrogar:

—¡Escúchame bien, hermano...

Pero, sorpresivamente, el interrogado abre la boca y musita con ojos suplicantes:

—¿Quién soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué sentido tiene todo ésto...?

NARCISO está llorando. Sus ojos, al borde del remanso, han descubierto que su cara envejece, se desforma. Lo ven en el espejo líquido. No es su acostumbrada limpidez de niño la que lo mira sonriente, sino un primer plano rugoso, una cruel geografía de surcos pielinformes entrecruzados en eso que antes fuera bella imagen de él, pero que ya no será jamás.

—¡Pobre de mí! ¡Ay, pobrecito de mí! —gimotea, cubriéndose el rostro con las manos que aún conserva frescas.

Repentinamente, las colonias de sotos florecidos abren paso a la desfigura de Quasimodo. Viene agitando recimos de cascabeles, carcajeante bajo el loco tintinear, mientras silba a ratos y a intervalos prorrumpe en alaridos, chasquidos de lengua y ruidos guturales, considerados por él como obra maestra de música concreta.

El llanto de Narciso lo silencia.

—¿Qué es lo que te ocurre, muchacho?

—Tú me viste nacer, Quasimodo... Te maravillaste

frente a mi belleza infantil y luego ante mi faz de adolescente... ¡Mírame ahora!

—¿Quéee...?

—¡Qué envejezco, Quasimodo!

—¿Y nada más? ¿Es solamente **eso** lo que te preocupa?

—¿Te parece poco...?

—¡Claro muchacho, claro!

—¡Tú te burlas, Quasimodo!

—¡De ninguna manera! Unicamente pienso aconsejarte...

—¿Aconsejarme? ¡Me lo imagino...! De seguro me darás el mismo consejo que hace años diste a Gwynplaine... Me recomendarás que me oculte tras una máscara, para que el mundo en vez de mi semblante sólo descubra mi alma...

—¿Máscara? No, muchacho, tú no la necesitas... El mundo está ciego y es él el que a diario cambia máscara. Pretende con ello ver mejor, pero lo único que logra es anegarse cada vez más en las tinieblas... ¡Obsérvame bien! ¿Te parezco horroroso, repugnante, verdad? Pues la gente de hoy no lo cree así, porque cambió su máscara. Por el contrario, me consideran la más acabada, la más perfecta obra de arte... Mi nariz les parece perfilada, mi boca sensual, mis ojos enigmáticos, mi frente luminosa, mi cabeza limpia, mis brazos abrasantes, mis piernas armónicas y mi joroba un delicioso capricho de los dioses... ¿Qué tal!

—¿Te escucho bien o me equivoco, Quasimodo?

—Me escuchas y me entiendes.

—¿Y el consejo, entonces...?

—¡Deja el remanso y tu figura en paz, muchacho! Sé paciente, espera... ¡Espera hasta mañana... cuando el mundo estrene nueva máscara!

Narciso sonrió a la vida, agradecido. Quasimodo, en tanto, siguió viaje, meciendo orgulloso su joroba entre silbos de ramazones, burla de cascabeles y estridencias de música concreta.

—YO eres... Tú soy... El es...

—¿...?

—Tú soy...! ¡Yo eres...! ¡El es...!

—¡Pero qué rayos me pasa? —se dijo el profesor Babel-Babel. El verbo ser es el que más he conjugado vivencialmente durante los mil novecientos noventa y nueve años que tengo... ¡Y ahora resulta que las dos primeras personas del presente de indicativo se me confunden! Es como si la lengua se me trabara... ¡Solo el maldito **"El es"** se obstina en concluir limpio, limpísimo: **in-ma-cu-la-do!**

Sus discípulos, un grupo niño, cetrino, de miradas hondas, estaba frente a él observándole. Escuchaban callados su trabalenguas conjugatorio, pero se advertía que algo había en ellos urgiéndolo, exigiéndole repetir pronto y correctamente la lección.

—¡Tengo un millonésimo de segundo para rectificar! Ellos me miran. A ver... ¡Probemos de nuevo!

—¿...?

—Tú soy... Yo eres... El es... ¡Yo eres! ¡Tú soy! ¡El es!

¡Todo malo! Sin embargo, la maldición del "¡El es!, ¡El es!, ¡El es!" reincidía. La tercera persona insistía en un deletreo correcto, un pronunciado diáfano, como derivado de una impecable conjugación. No obstante, Babel-Babel sabía que no era así. ¿De dónde, pues, procedía aquella limpidez, aquella incorruptible estructura del "**El es**"? Comprendió, entonces, que debía hacer otro esfuerzo... ¡Y sin tardanza! Porque sus alumnos estaban allí, ahora graves y ceñudos ante su babélico intento.

Medio millonésimo de segundo había transcurrido. Le quedaba únicamente la mitad del tiempo disponible... ¡Y sus discípulos continuaban esperando, siempre cetrinos, siempre hondos, siempre inquisidores y exigentes!

—Voy a consultar a mi memoria...

—¡No te molestes! —se adelantó a responderle su cerebro. Inmediatamente voy a explicar lo que te pasa.

—¡...!

—Antes, mucho antes de Babel —la torre que llevó tu nombre—, los dioses ya confundían sus lenguas cuando peleaban entre ellos... Aquella confusión se eternizó como ley en la disputa de los Celestes, herencia que recogieron más tarde los semidioses y después los hombres... Homero fue la víctima más notoria y célebre. Puso a Héctor el nombre de Aquiles y a éste el nombre de aquél. Así la gente amó a Héctor en Aquiles y odió a Aquiles en Héctor... ¿Me explico? Sócrates y Jesucristo fueron también dos pobres confundidos. El primero llamó ley y justicia a dos formas de venganza moral contra sus jueces y el segundo nominó perdón a una manera de condenar eternamente a sus victimarios... Si se confundieron San Agustín, Descartes y

Kant y Hegel... Si Juan XXIII y Juan Kennedy se equivocaron igual... ¿qué te queda a ti, pobre Babel-Babel, ante esa masa de niños que te enfrenta, siempre cetrinos, siempre hondos y exigentes? ¡Ah, ya sé! ¡Vas a preguntarme qué tiene que ver todo esto con tu bendita conjugación, con tu lección imperfecta y tus escolares impacientes! ¿Pero es que no te das cuenta, infeliz, que la pureza del "**El es**" viene montada en la impureza de las dos personas precedentes? Esos accidentes verbales, esas personas jamás tornarán a conjugarse con la misma limpidez de origen... ¡Estamos en **crisis!** ¿No lo sabías? Un desquiciamiento integral rige como nuevo orden del mundo... y el hombre... ¡ha dejado de ser! ¡Pero el "**El es**" nos queda más allá como esperanza, como lo incorruptible, como aquel de quien se vive a diario y a diario se habla, el mismo que tu lengua de niño cetrino y hondo no puede entender sin conjugar...!

¡Justo! El millonésimo de segundo acababa de expirar. Babel-Babel se preparó a ensayar de nuevo. Alguien le dictaba en su interior, asegurándole que esta vez sí iba a poder. Sin mirar a sus alumnos intentó hablar... Mas un coro sonriente, cetrino y hondo, le despertó, al anticiparse a él como cantando:

—¡El Es!, ¡El Es!, ¡El Es!

DOS EPILOGOS

NUMERO UNO

"Algunas veces será difícil descifrar lo que el sueño quiere decir con su golpe en la puerta..."

ROSAMEL DEL VALLE.

NUMERO DOS

"Nadie debe hacer preguntas en esta puerta, porque puede despertarse la gente de la ciudad. Porque cuando la gente de esta ciudad se despierte, morirán los dioses. Y cuando mueran los dioses, los hombres no podrán soñar más..."

LORD DUNSANY.

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de Enero de mil novecientos sesenta y ocho en los talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros". San Salvador, El Salvador, Centroamérica.

COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA, calificado por Miguel Angel Asturias como "el escritor que mide la frase con la vara de la gracia", pertenece a la generación salvadoreña del "Grupo Seis", que hacia 1941 innovó las formas literarias del país.

Ha publicado: Gritos, poemario, Guatemala 1945; Cuentos de Sima y Cima, (prólogo de Miguel Angel Asturias); Rilke, Claves de su Creación; Elegía de Junio, Buenos Aires, Argentina, en 1952, 53 y 54, respectivamente; Tembladerales (Novela, 1956), Francisco Gavidia y Rubén Dario (Ensayo, 1957), Plagio Superior, Santiago de Chile, 1965.

Cuentos Breves para un Mundo en Crisis, que ahora publicamos, obtuvo el Primer Premio en Quezaltenango, Guatemala, 1967.

COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS COLECCION CONTEMPORANEOS

IBARRA / CUENTOS BREVES PARA UN MUNDO EN CRISIS

IBARRA / CUENTOS BREVES PARA UN MUNDO EN CRISIS

contemporáneos

EDITORIAL UNIVERSITARIA EL SALVADOR